



[www.cubaarqueologica.org](http://www.cubaarqueologica.org)

## ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y SOCIEDAD

Jorge Ulloa Hung

Publicado en: J. Ulloa Hung. Una Mirada al Caribe Precolombino. Instituto tecnológico de Santo Domingo, 2005, pp 9-28.

### Introducción

Si reflexionamos sobre lo reducido del tiempo asociado al empleo de la escritura —fuente principal de los estudios históricos tradicionales— respecto al extenso período marcado por la existencia humana, podría tenerse una idea de la importancia de la Arqueología como ciencia que investiga la historia del hombre a partir del uso de elementos no vinculados al documento escrito.

Los restos materiales productos de la acción humana se convierten bajo la óptica arqueológica en generadores de conocimiento histórico, sobre todo si se tiene en cuenta que la Arqueología resume la información de distintas disciplinas científicas para ofrecer una visión particular y en ocasiones asombrosamente amplia, del desarrollo de la sociedad. Sin embargo uno de los problemas esenciales con que tropieza la Arqueología hoy es el reconocimiento de su proyección social. En esto influye, entre otros elementos de orden teórico, la concepción de una disciplina asumida como práctica académica etérea y desvinculada de los problemas sociales más inmediatos, así como las consideraciones de una ciencia evaluadora y descriptiva de la variabilidad cultural con trasfondos únicamente diacrónicos.

Desde este punto de vista la Arqueología se convierte en negadora del pasado y su labor y su propio devenir como disciplina se descontextualiza de las sociedades, creando la impresión de una ciencia no comprometida que la remite al mero plano de técnica colectora y conservadora de culturas petrificadas y superadas.

Es esta la razón que nos impulsa a plantearnos como objetivos centrales el examinar de manera sintética cuestiones relacionadas con los orígenes y la evolución de la práctica arqueológica, así como los procesos de definición de su objeto de estudio en su relación con la historia y su carácter de ciencia social. Se consideraran también aspectos referentes a la labor arqueológica en Cuba, América Latina y el Caribe, sobre todo con relación al compromiso social que la disciplina debe asumir en estos países.

### Arqueología. Orígenes e Historia

La arqueología, según el término, es la ciencia de lo antiguo; en un sentido más amplio, la ciencia de las cosas antiguas o de aquello concerniente al pasado. Aunque generalmente sus orígenes se vinculan al afán de rescatar y conservar objetos con fines lucrativos o estéticos no deja de ser cierto que tal práctica muchas veces, en ocasiones muy tempranamente (Hole y Meizer, 1983:24), debió asociarse a un verdadero interés por co-nocer el pasado. Algunos autores (Fonseca, 1989:69) opinan que es en esta última vertiente donde puede encontrarse el origen real de la arqueología, siendo la defensa de la hipótesis coleccionista expresión de quienes entienden tal investigación sólo a nivel objetual. Resulta poco razonable sin embargo, valorar actitudes culturales tan lejanas con preceptos de hoy: Sabio y coleccionista muchas veces debieron ser una misma persona y lo que ahora se considera saqueo en aquellos momentos debió considerarse como un elevado sentido de conservación del pasado.

Durante el renacimiento la costumbre de formar colecciones de tesoros del arte, común entre reyes asirios, faraones egipcios, griegos ilustrados y patricios romanos, adquirió en Italia dimensiones notables. De Roma y otras florecientes ciudades se extendió, especialmente en el siglo XVII, a las cortes europeas donde en el cercano espíritu de la ilustración y algo más tarde, del romanticismo, tomará forma de respetable y muy de moda, ocupación. A principios del siglo XIX el campo de la acción coleccionista pasará de Europa, y del mundo de las piezas griegas y romanas por excelencia al terreno de civilizaciones aún más antiguas: Egipto, Babilonia y Asiria, serían ahora las fuentes a explotar.

Paralelo al trabajo de saqueadores dedicados a la venta de antigüedades se desarrolla la labor de estudiosos interesados en conocer la historia del hombre; relatos de viajes y libros describiendo antiquísimos monumentos y culturas ignoradas aportan conocimientos que parecían increíbles a sus contemporáneos. Algunas de estas investigaciones serían sin embargo, promovidas por gobiernos coloniales que pretendían desarticular las sociedades dominadas y mantener a Europa como metrópolis cultural del mundo. La expedición de Napoleón I a Egipto o la enviada por Napoleón III a México, ambas acompañadas de cuerpos científicos, son un ejemplo típico de tal política.

En el siglo XIX se deslindan varios campos del trabajo arqueológico, que ya comienza a considerarse una disciplina académica: la ciencia del estudio del pasado a través de restos materiales. La Arqueología Clásica recibe un enorme impulso con las investigaciones de Schliemann quien reafirma la idea de muchos sabios sobre el valor de la arqueología para resolver problemas históricos y no solo como medio para recobrar piezas de arte antiguo (Hole y Meizer, 1983:37). La obra de Thomsen sobre las tres edades, Piedra, Bronce y Hierro intenta explicar desde el panorama arqueológico el desarrollo de la tecnología en Europa y termina ofreciendo bases para ampliar las concepciones evolucionistas de la

época. A la idea de las tres edades se une el principio de superposición o estratificación, que permite dar cuerpo al estudio de fenómenos locales cuya integración aclara el sentido de los desarrollos culturales y la expansión de sus diversas expresiones ofreciendo por demás, instrumentos básicos para la realización del trabajo arqueológico.

La Arqueología prehistórica es otra línea de investigación, en este caso referida a los pueblos anteriores a la escritura —supuesto inicio de la historia—, que remontó el origen del hombre, apoyada por la geología y la paleontología, a antigüedades insospechadas lo cual cuestionaba incluso el dogma del Génesis y la fiabilidad de la Biblia. La interpretación de esta última, a partir de entonces, sería reacomodada aceptando la evolución como parte del orden natural establecido por dios (Lumbreras, 1984:30). La investigación de la Arqueología prehistórica deberá plantearse prontamente nuevas vías ante la evidencia de sociedades vivas sin escritura que eran marginadas a nivel etnográfico. Ya en las primeras décadas del siglo XX el eminente arqueólogo Vere Gordon Childe inició su interpretación recurriendo a la teoría etnológica y concibiendo la historia como un proceso único, asimilador de todo el enorme período reconocido como prehistoria.

Childe sostuvo que la arqueología era una ciencia social y que como tal debía contribuir a entender la historia. Para él la historia humana era una sola y en tanto, es una experiencia que al ser registrada y analizada científicamente, permite establecer regularidades y leyes que el hombre puede usar en la programación de su futuro (Fonseca, 1989; Lumbreras, 1984). Para Childe el objeto de conocimiento de la Arqueología no era la evidencia material, sino la explicación del proceso de cambio social, usando el materialismo histórico como teoría sustantiva. La Arqueología a través del estudio de los restos materiales, con una metodología específica para ello, debía encaminarse como la misma historia, que usa otras fuentes, hacia el estudio de la sociedad de la que es expresión.

Las concepciones de Gordon Childe tuvieron poca influencia inmediata en la práctica arqueológica de los años 30 al 50. El rechazo tuvo sus bases en razones políticas limitadoras de la introducción del marxismo en la teoría de la antropología y la arqueología. La corriente arqueológica más común en la época sostenía la necesidad de recobrar evidencias de los grupos antiguos, con la esperanza de que la acumulación de información permitiría, eventualmente, explicar su historia cultural. Aunque se enriquecieron notablemente las técnicas de colecta y clasificación, la investigación tendía a girar sobre las coordenadas culturales del objeto, tiempo y espacio, conformando solamente secuencias y áreas culturales. La definición de los tipos arqueológicos como elementos base para el rescate de secuencias culturales y su dispersión se convirtió en el objetivo final del investigador que permanecía como descriptor de culturas (Fonseca 1988; Veloz 1988).

La reacción contra esa manera de hacer Arqueología basada en la exigencia de lograr una disciplina explicativa, capaz de entender el proceso social, tomó cuerpo en los años 60 y fundamentó sus postulados sobre todo en la obra de Childe y otros autores. Ante tales disyuntivas surgió en América una preocupación por los problemas teóricos metodológicos que desembocó en lo que se conoce como una nueva etapa en el desarrollo de la disciplina. Esta tendría dos expresiones esenciales, que en buena medida ya se han hecho extensivas hacia los medios académicos europeos.

- En Estados Unidos se desarrolló la llamada Arqueología Procesual que conforma una corriente de investigación interesada en una formalización explícita de la metodología —en oposición al particularismo histórico en ese momento predominante en este tipo de investigaciones—cuyo apoyo teórico fundamental proviene del neopositivismo lógico. Para ella la arqueología es una ciencia que explica fenómenos ahistóricos y en consecuencia, debe basarse en la teoría general de la antropología para lograr sus interpretaciones, definida ésta última como la ciencia que estudia la variabilidad cultural. Esta tendencia es conocida como Nueva Arqueología Norteamericana.

- En América Latina esta situación originó una corriente investigativa que pone énfasis en el carácter ideológico y político de las ciencias sociales. Su interés primordial se manifiesta por los problemas teóricos y se mantiene la idea de la arqueología como una ciencia social, cuyo objetivo—al igual que el de otras ciencias sociales—es explicar los distintos aspectos que caracterizan el desarrollo de la sociedad. Dado que las sociedades con las cuales trabaja el arqueólogo son pretéritas, su explicación servirá para conocer las particularidades del desarrollo histórico de la sociedad en general, y utilizará por tanto el marco de la teoría general de la historia (Vargas, 1990:4). En este sentido existe convergencia de los investigadores más importantes en torno a la teoría materialista de la historia. Esta corriente es reconocida como Arqueología Social Latinoamericana

Ante esta dicotomía donde la disciplina arqueológica se ha replanteado problemas teóricos y metodológicos, no puede negarse que a su vez se han despertado con mayor fuerza proposiciones heterogéneas en cuanto al papel social de la Arqueología. Dentro de ellas es necesario destacar los factores de orden ideológico y político, sobre todo la preocupación preferencial de muchos investigadores por la teoría materialista de la historia como alternativa científica para los estudios de arqueología precolombina y como forma de contribuir a rescatar las identidades de sus países.

En el caso de la Nueva Arqueología su preocupación ha estado centrada en el desarrollo epistemológico al aplicar la Teoría General de Sistemas, donde sobresalen notables incongruencias teóricas al mezclar metodologías con objetivos distintos, confundir confirmación con corroboración y adoptar posiciones relativistas autorrefutantes. Desde este punto de vista el compromiso de la disciplina se limita a un sentido académico, y su propio sustrato teórico en ocasiones se alinea dentro del llamado neoevolucionismo pero obviando los resultados del materialismo histórico por un tabú político o por la búsqueda de marcos de referencia en otras disciplinas ajenas al estudio del proceso social. Para ellos es más importante el análisis estructural de la sociedad, que como esta se estructura.

Por otra parte existen elementos aplicables a las condiciones de ambas corrientes, que al parecer están a tono con una falta de visión de los especialistas o con otros factores. Tanto en el caso de la Nueva Arqueología como en el de la Arqueología con orientación marxista en ocasiones ha primado cierto oportunismo, más relacionado con una especie de “moda” que con una verdadera proyección social y teórica. Por otro lado muchos de los arqueólogos latinoamericanos que se han inclinado por la orientación marxista presentan problemas de formación, lo cual ha provocado una adscripción inconsciente a la concepción positivista o neopositivista a la cual se oponen explícitamente.

Otro de los problemas esenciales que ha afectado la arqueología es que a pesar de los arqueólogos estar conscientes de que la teoría de la sociedad no está desligada de los problemas tradicionales de la filosofía, se sigue arrastrando una especie de vacío pues se considera que las obligaciones más inmediatas de la disciplina no precisan de una solidez en este sentido. Sobre este último aspecto es importante señalar algunos puntos que a nuestro juicio han incidido en deficiencias a la hora de desarrollar una investigación arqueológica o de interpretar y socializar muchas de las informaciones aportadas.

- Manejo pobre y mecanicista de algunas categorías del materialismo histórico.

En este sentido son frecuentes los casos en que la comprensión de una sociedad en su relación con la dialéctica materialista no va más allá de la afirmación del carácter esencial de la base económica o su papel determinante con respecto al resto de las relaciones sociales, instituciones o expresiones ideológicas. Esto ha aparejado la creación de esquemas

arqueológicos necesariamente relacionados con supuestos niveles de desarrollo económico y por supuesto con sus respectivos equivalentes de desarrollo ideológico o institucional. De esta manera lo más importante es el descubrimiento pues el resto de la interpretación esta preconcebida según un conjunto o un indicador arqueológico.

- Reducción de la comprensión de la historia de las sociedades que se tratan al fundamento causal de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, con el consabido resultado de un salto cualitativo.

En muchos casos las carencias en este sentido se soslayan a partir de minuciosas descripciones tipológicas de ejemplares o piezas, descripciones minuciosas del entorno geográfico al cual se enfrentó la comunidad o la capacidad de citar o argüir citas de los clásicos del marxismo.

- Fragmentación de los datos obtenidos a partir de las investigaciones, lo cual dificulta y en ocasiones imposibilita una reconstrucción cabal de la o las sociedades en estudio. Esta cuestión se complejiza aún más cuando se trata de regiones pues siempre se obtiene una visión parcial del problema que lejos de enriquecer la teoría o el conocimiento a partir de la contribución de situaciones concretas tienden a fomentar la validez de los esquemas preconcebidos o ha crear teorías y generalizaciones a partir de puntos de vista unilaterales. En este sentido se reduce la capacidad explicativa a un sistema terminológico descriptivo de regularidades empíricas, con la pretensión de convertir, las generalizaciones empíricas en explicaciones teóricas.

- Aplicación de concepciones interpretativas y metodológicas utilizadas o válidas en otros contextos sin sopesar en ocasiones las particularidades regionales o históricas de las sociedades que se estudian.

Dos problemas centrales a tener en cuenta y hacia donde tributan los elementos antes planteados son a nuestro juicio los siguientes: ¿Se tiene realmente claro cual es el papel social de la Arqueología? ¿Es la Arqueología una disciplina social independiente, una ciencia auxiliar de la Historia o parte de la propia Historia?. La no-claridad en alguno de estos aspectos ha condicionado una incapacidad para negar las categorías de la llamada antropología tradicional o arqueología tradicional, mientras en otros casos las cuestiones han tratado de resolverse descartando todo lo que suene a enfrentamiento teórico.

Ambas cuestiones tienen relación estrecha con las consideraciones sobre cual es el objeto final de la disciplina, lo cual repercute tanto en las propias concepciones teóricas, como en la importancia que a nivel social se le confiere a la disciplina. Muchos la consideran—incluso algunos de los que se hacen llamar arqueólogos—como una mera ciencia auxiliar o una simple técnica de rescate de la cultura material parte del patrimonio.

En ese sentido compartimos lo planteado por la Arqueología Social Latinoamericana, en especial por Vargas (1990), quien concibe a la arqueología como una ciencia histórica cuyo objetivo (objeto de conocimiento) es reconstruir el desarrollo de las sociedades antiguas, estudiar sus procesos de transformación hasta su unión con sociedades más recientes. Esta visión del objetivo de la arqueología considera a las sociedades antiguas como el sustento de la historia, como el inicio de los procesos que unen a las sociedades preríticas con las contemporáneas.

Sobre esta base no puede verse la historia fragmentada en antes de y después de, y las leyes para explicar los procesos que estudia la arqueología son las leyes que explican el desarrollo social es decir son leyes históricas basadas en conocimientos obtenidos de procesos societarios en los cuales se observan similares comportamientos cuando se cumplen determinaciones claras y objetivas. De esta manera se eleva al rango de la teoría de la historia los conocimientos que se extraen de datos, al observar en ellos determinadas regularidades empíricas. Es decir la arqueología permite comprender como se transforma la sociedad en sus aspectos generales y también en sus aspectos particulares, puede conocerse a través de ella las causas y estructuras del desarrollo social y su manifestación en sociedades concretas.

El mayor énfasis en los materiales arqueológicos y su descripción, es uno de los factores esenciales influyentes en las concepciones de una arqueología muy limitada a los conceptos antropológicos de cultura, en especial del particularismo histórico y del funcionalismo, donde los aspectos cronológicos descriptivos de las evidencias están por encima de su consideración como expresión concreta de las actividades de los hombres al vivir en sociedad, que cambian históricamente y por tanto pueden ser empleadas para reconstruir su historia

La repercusión de esta situación a nivel social en la disciplina ha sido el fomento, en la mayor parte de América Latina, de una Arqueología desligada de las historias nacionales o de la búsqueda de las identidades, más bien orientadas hacia el perfeccionamiento de las políticas coloniales o de un no-reconocimiento de las minorías nacionales aún existentes, sobre todo de las poblaciones indígenas. Detrás de este enfoque subyace una concepción de desarrollo que se identifica con los modelos foráneos y que remonta las historias nacionales a la irrupción del colonizador. Detrás de esta situación también se esconde una supuesta y explícita separación entre Arqueología y Política, lo cual es expresión de la enajenación del conocimiento científico y de la generación de supuestas proposiciones sociales generadas o condicionadas simplemente por un afán de competencia en los mercados intelectuales.

La consideración de la categoría "cultura" como la categoría central que designa el objeto de estudio de la antropología y por derivación de la arqueología, bajo el supuesto de que esta es una rama de aquella, ha traído aparejado una diversidad de significados para el término que han estado más acordes con los propósitos de esta "arqueología tradicional limitada", por lo que su uso tiene connotaciones confusas y ambiguas. Es decir la categoría cultura no ha tenido un carácter teórico sino más bien ha funcionado como una categoría instrumental u operacional dentro de las investigaciones. Al respecto la ausencia de un contenido objetivo sino más bien su carácter operacional, es decir una especie de instrumento de la lógica de la investigación, le otorgan un carácter subjetivo. Su correspondencia con la realidad objetiva según estos presupuestos es indemostrable y el supuesto conocimiento de la misma no esta determinado por sus propiedades reales, sino por la conciencia del investigador y por sus constructos.

Este aspecto es esencial para comprender la falta de conciencias o visión sobre el papel social de la Arqueología, su función no es socializar, por lo que se cae en vertientes folklóricas o en visiones de autoctonismo en la que se considera el pasado como una realidad innecesaria para la identidad de los pueblos. En ese caso la arqueología cumple solo la función de rescatar el paradigma museable, la expresión de un modelo social inacabado o no funcional, que se presenta como una etapa ya superada e identificable con el retraso.

Es decir el hecho de que se considere a la arqueología con el único fin de rescatar la cultura material de los pueblos del pasado la muestran como una fuente de la cual emergen obras de arte exóticas, que sorprenden por proceder de pueblos primitivos, pero totalmente descontextualizadas de un proceso social que es la base del proceso histórico nacional.

Desde este punto de vista la historia que puede ser develada por la arqueología se onnibula o se presenta casi sin relación alguna con el presente de las sociedades, en esto sobresalen muchos países de América Latina donde una buena parte de su población actual son indígenas. En ese caso ellos se presentan como una pieza arqueológica más, paralizada en su expresión social.

En el caso de muchas de las arqueologías antillanas la situación tiene la misma esencia pero con otros matices, en tanto el indígena ha desaparecido físicamente y por tanto la Arqueología es considerada como una forma de rescate de una fase de la autoctonía, que ha sido y es utilizada como modelo folklórico o para enarbolar eslogans turísticos.

Al enarbolar sus críticas sobre este último aspecto uno de los más importantes arqueólogos antillanos y teóricos de la Arqueología social ha expresado:

*Algunos gobiernos propician una arqueología turística, oferta que ha sido válida para quienes desean fabricarnos una identidad exclusivamente hispánica. Esta arqueología turística se caracteriza por:*

- *Su permanente presencia en los diarios, con supuestos hallazgos capaces de entusiasmar a la clase dirigente y*
- *La permanente e incumplida promesa de una obra científica, a partir de las excavaciones improvisadas (Veloz, 1999:22).*

Por nuestra parte agregaríamos que se trata de una arqueología que pretende inducir o promover hacia el mercado supuestas formas de identidad, por ejemplo artesanías que son continuidad de formas arqueológicas, símbolos y formas comunes a una superestructura que desencajadas de sus sentidos pasan como parte de una supuesta estética popular, y hasta la promoción de la existencia de comunidades indígenas vivas en lugares apartados, para que sean apreciadas según un presunto estado no muy alejado del original, lo que rememora una especie de Siboneyismo o Romanticismo comercial en el siglo XXI y promueve de manera exhibicionista lo que resta de unas raíces de las que a veces ni los supuestos "aborígenes turísticos" están conscientes. Esto no pasa de ser un oportunismo pseudocientífico muy confuso en cuanto a verdaderos propósitos de mostrar la identidad.

Por otro lado es necesario plantear que el reconocer la Arqueología como ciencia histórica y como ciencia social significa precisamente pasar de un planteamiento meramente descriptivo, particularista e ideográfico a otro radicalmente distinto, de carácter explicativo en el que se trata de hallar generalizaciones, reglas y leyes, significa que la Arqueología debe ser tener un enfoque sociológico, significa que debe ser comprometida es decir un procedimiento para la búsqueda de la identidad cultural, no puede ser una actividad académica etérea, aislada de la sociedad donde se desarrolla sino un sustento de la clase social que la utiliza.

Como bien ha dicho Lumbreras (1980). La arqueología puede ser un arma de opresión cuando sirve para justificar la explotación de campesinos indígenas en América Latina, para justificar o desarrollar teorías que proclaman su inferioridad histórica y su proclividad a la decadencia, o cuando engrandece el pasado para denostar el presente creando la convicción de que el pasado siempre fue mejor. También cuando se emplea para crear el caos y el azar en la historia anónima de los pueblos prehistóricos o ágrafos y convertir los objetos en sujetos históricos.

Es arma de liberación cuando ayuda a conocer el origen de los pueblos y sus raíces históricas, mostrándoles además el origen y carácter de su condición de explotados, cuando muestra y descubre la transitoriedad de las instituciones y las pautas de conducta, cuando se articula con las demás disciplinas y muestra la unidad procesal de la historia en sus términos generales y en sus particularidades regionales y locales.

Las concepciones, opuestas a estos criterios, plantean que la Arqueología debe ser una ciencia que produzca su propio instrumental metodológico y técnico para generar conocimientos, lo cual no pasa de ser un recurso ideológico bastante sui géneris en la fundamentación de las premisas para un método que responda a los intereses de cierta clase de arqueólogos, pero el supuesto impacto estelar de estas posturas se desdibuja a la hora de las proposiciones, sobre todo en la incoherencia del planteamiento de las relaciones entre lo particular y lo general en el método.

La Arqueología no se distingue de otras disciplinas de la ciencia social ni por su objeto ni por su método. En realidad los criterios sobre una consideración de este tipo obedecen a los viejos postulados del positivismo que definen la diferencia entre las ciencias por su origen en un supuesto quehacer parcializado de las investigaciones sociales más a tono con necesidades prácticas engendradas por el auge del propio capitalismo.

Si bien es cierto que la profundización en los conocimientos de distintos aspectos de fenómeno social han llevado hacia la especialización, del mismo modo queda claro que si la Arqueología deja de lado, por considerarlos objeto de estudio de otras disciplinas, cuestiones como el desarrollo tecnológico, las relaciones de propiedad, la lucha de clases u otras formas ideológicas así como ciertos documentos escritos, entonces no quedaría nada que fuera propio del objeto de estudio arqueológico, es por ello que debe insistirse que el objeto de estudio de la Arqueología es el mismo de todas las ciencias sociales, la sociedad como un proceso total.

Por otro lado tampoco se distingue la Arqueología de las demás disciplinas de las ciencias sociales por un método propio, es decir de procedimientos lógicos diferentes, pero es obvio que para cada disciplina, incluso para problemas distintos dentro de la misma son necesarios procedimientos generales adecuados a las características particulares de la investigación y de los propios problemas a solucionar.

De lo anterior se desprende que no tienen sentido los planteamientos de una teoría arqueológica puesto que la teoría general de la realidad social que estudia la Arqueología es el materialismo histórico. Las diferencias esenciales estarían en que el arqueólogo accede a la historia de los procesos sociales a través de una clase determinada de información, que son los datos arqueológicos, lo que sí tiene características particulares. Es decir lo más complicado, y e ahí la confusión para muchos, es que la explicación de los procesos estudiados por la Arqueología están condicionados por la naturaleza de la información empírica que se diferencia de la clase de informaciones empíricas que manejan habitualmente otras disciplinas. De aquí se desprende para muchos la falsa impresión de que la Arqueología no debe o no puede socializar y que debe preocuparse solo por los procedimientos investigativos que permitan obtener esta información sin realizar inferencias de las relaciones fundamentales que deben conocerse con el fin de alcanzar una explicación de los procesos sociales estudiados.

Quienes piensan así generalmente consideran a la Arqueología como una ciencia auxiliar de la Historia y no se percatan que la relación del arqueólogo con su objeto real de

investigación—la sociedad—están sujetas a una especie de mediación, el dato arqueológico presente que el investigador describe o descubre y las características de dichos datos en su contexto social original, es decir como las manifestaciones de una sociedad que vivió y se desarrolló en un momento determinado. De esta manera es imposible reconocerle un papel social a la Arqueología sin considerar que la información empírica y su conocimiento, está condicionada a una cadena de causalidades en que participó originalmente la acción del hombre, es decir que las culturas no son solo un constructo subjetivo para designar la empírea que encontramos en los contextos arqueológicos.

## La Arqueología en Cuba, actitud social e intentos de propuesta nacional.

A pesar de la aparente desconexión en sus inicios, la arqueología en Cuba se vincula a la investigación histórica reflejo cercano del fluir del pensamiento nacional y ha asumido tradicionalmente los procesos de información ideológica de formación nacional con una profundidad asombrosa, sobre todo si se valora el relativo desconocimiento con que la sociedad cubana se ha vinculado a esta ciencia y a ciertos aspectos de su objeto de estudio.

Una generalización historiográfica de la arqueología en la Isla, siguiendo la óptica de los acontecimientos que marcan la historia de Cuba, nos llevaría desde posiciones muy próximas al independentismo pasando por una arribada cientificista y patrimonialmente depredadora auspiciada por la intervención estadounidense, hasta los intentos nacionalistas de creación de una escuela cubana de arqueología que no cristaliza ni en los momentos de revolución, a pesar de todo el apoyo y cambio ideológico que ésta presupone.

Los años que corren de 1930 a 1959 marcan un primer período profesionalmente significativo y de amplia repercusión social de la arqueología en Cuba y más concretamente, de la arqueología practicada por cubanos. La incorporación a esta disciplina de un nutrido grupo de investigadores, que usando como referencia inicial los aportes norteamericanos adelantan varios intentos de generalización de la realidad precolombina en la isla, es un paso clave para conformar una opinión cubana sobre una etapa que para muchos comenzara a entenderse como el inicio de nuestra historia. El reconocimiento de lo "aborigen" como momento anterior y por tanto cuestionador del derecho hispano al control de la Isla y a su vez como precedente de rebeldía, venía funcionando desde el siglo XIX como una explicación tentativa del significado de la arqueología. En el XX éste tomará cuerpo con nuevas razones científicas, inherentes a la ampliación de la práctica arqueológica, para convertirse, en el segundo cuarto de siglo, en elemento de desarrollo de una visión histórica asimiladora de lo aborigen como parte imprescindible de sí misma y no como simple anécdota de inicio.

Felipe Pichardo Moya y Fernando Ortiz son de los investigadores que más trabajan estas consideraciones al valorar los límites de la historiografía tradicional en su supeditación a la crónica además de establecer planteamientos de búsqueda de los "aportes" aborígenes a la formación nacional y definir el hecho real de su supervivencia. En un plano más arqueológico la labor de Pichardo se completa por las investigaciones sobre contacto indohispánico que sistematizan las evidencias coloniales y los índices de transculturación como prueba de una relación cultural compleja y diversa.

En esta época se organiza el trabajo arqueológico tanto a nivel de normación metodológica como institucional y legislativa. Se crean los grupos científicos Guama y Humbolt y la Comisión Nacional de Arqueología, institución capaz de vertebrar una publicación de rigor científico, conectar las labores cubanas con las organizaciones internacionales y allegar la cooperación de profesionales, aficionados y coleccionistas. Entre los últimos está la génesis de verdaderos museos locales y la extensión de las tareas investigativas a todo el país. En estos años la arqueología logra un significativo reconocimiento gubernamental, dejando de ser para muchos historiadores de avanzada un aparente ejercicio de secta. Su entrada a los Congresos Nacionales de Historia, la cooperación que recibe de prestigiosos intelectuales, el uso que se hace de sus informaciones y la permanente defensa del patrimonio nacional enarbolada como tarea primordial, vitalizan su papel dentro de las ciencias sociales.

La truncada labor de Carlos García Robiou y los más sostenidos aportes de René Herrera Fritot y Pichardo Moya nuclean la concepción arqueológica más importante del momento en Las Antillas erigiéndose, pese a lo limitado de sus recursos, en un ejemplo de posición intelectual que se hace más independiente en la misma medida que resume los avances globales en el área y fórmula concepciones particulares para ésta. El éxito de esta arqueología cubana o por lo menos, de sus más destacados representantes en aquellos años, no debe medirse a partir de sus posiciones respecto a los trabajos norteamericanos, en especial los del investigador Irving Rouse, sino considerando como logran asimilar estos resultados y plantearse nuevas ópticas de investigación que amplían su sentido y lo hacen más cercano a problemas de nuestra cultura.

Con el triunfo de la revolución en 1959, el proceso de profesionalización de la arqueología en Cuba logra cristalizar. José M. Guarch (1987:12) opina que este hecho impone un salto de calidad en el trabajo de investigación reforzado por la entrada de los conceptos del materialismo dialéctico e histórico que objetivan la labor arqueológica vinculando su sentido al hombre y al devenir de la sociedad.

La arqueología cubana se vuelca a un mejoramiento de las metodologías de investigación, al desarrollo de trabajos interdisciplinarios y de estudios de gran amplitud y rigurosidad. Los sistemas de análisis se refinan notablemente al igual que las técnicas de excavación. La definición del conocimiento del desarrollo de la sociedad humana, de la historia de los hombres y no de su manifestación objetual como fin último de la arqueología queda muy clara a nivel de una teoría investigativa que se mueve en la línea marxista. La protección del patrimonio y la inserción del conocimiento arqueológico en el caudal de la cultura y la historia cubana son avances que reciben todo el apoyo estatal. De especial interés en este último sentido son los trabajos que han ayudado a redefinir el verdadero aporte, tradicionalmente opacado por la falta de conocimiento, de las sociedades aborígenes a los procesos de conformación nacional.

Pese a estos logros la arqueología cubana no ha podido desarrollar una práctica realmente explicativa. Aunque existen aportes individuales de gran importancia, de manera general no puede hablarse de una real superación de los esquemas descriptivos. La influencia del materialismo dialéctico e histórico ayudó a reconocer un nuevo sentido en el trabajo científico así como a descubrir resortes sociales -especialmente el económico- tradicionalmente ignorados en los estudios arqueológicos, sin embargo el nivel inferencial de la investigación cubana sigue siendo bajo y el proceso de reconstrucción arqueohistórico resulta, aunque las intenciones sean otras, el mero completamiento de esquemas de comportamiento de las comunidades aborígenes con datos tipológicos y cronológicos.

La ausencia la Arqueología dentro de los planes de enseñanza de los estudios superiores, sobre todo en las especialidades históricas, así como la falta de una especialización académica pueden ser una de las razones que influyen en algunas de estas carencias. En este caso si la intención y el objeto final de la investigación están claros en la conciencia entre casi todos los que hacen arqueología, por otro lado, salvo excepciones, no se ha logrado vertebrar una correspondencia entre este objetivo final y la aplicación de todos los pasos o etapas del proceso investigativo. En otras ocasiones más bien se palpa un eclecticismo teórico que denota una marcha paralela entre las viejas concepciones de la Antropología norteamericana de la década de los cincuenta junto a los postulados marxistas

## Practica Arqueologica-Compromiso Social

Hay dos aspectos básicos definidores del compromiso de la arqueología respecto a la sociedad. El primero se refiere a su aporte al autoconocimiento humano y el segundo, al manejo que el trabajo arqueológico hace del patrimonio cultural del hombre. Recuperando el pasado se recupera al hombre residente en él, que es parte indisoluble de la humanidad la cual se refuerza en su autoconocimiento. La arqueología aporta una información imprescindible en esta tarea que atañe a todas las ciencias pues el autoconocimiento del hombre no es solo la comprensión de sí mismo y de la sociedad sino también del espacio que lo rodea y con el que interacciona para reproducir la vida. Por otro lado esta búsqueda del pasado, también búsqueda del presente o del conocimiento en torno al hombre a partir de las evidencias materiales, se despliega destruyendo una parte de la obra humana. El trabajo arqueológico supone remover restos, aislar asociaciones mantenidas durante siglos, dañar objetos y monumentos. Ningunos de estos bienes patrimoniales son renovables, su afectación es definitiva y constituye, si no hay una verdadera recuperación de información, un fragmento de obra humana perdido.

Si bien el deber social del arqueólogo como científico es generar conocimientos que ayudan a entender el proceso histórico al que se vincula toda la existencia humana, no por eso debe olvidar medir si su aporte en conocimientos justifica el gasto en recursos culturales. La determinación de la amplitud de una excavación no puede depender del interés de un investigador por lograr un hallazgo espectacular sino de las capacidades reales que el equipo científico tenga para investigar el material que trabaja y de la información real que este material pueda aportar dentro de un esquema de investigación definido con el mayor cuidado. Ningún trabajo puede plantearse, excepto una excavación de salvamento, considera bajo circunstancias precisas, sin tener idea de los resultados que se esperan obtener en el sentido que su magnitud justifique el daño al patrimonio y el gasto económico que representa la actividad de investigación.

Actualmente y considerando estos aspectos, se desarrolla un notable esfuerzo por despejar a la arqueología del mero carácter de ejercicio intelectual que en muchos casos ha podido tener, para otorgarle capacidades de impacto social. En numerosas investigaciones la labor arqueológica se planifica para solucionar problemas concretos de enorme interés. Los trabajos que aportan datos sobre el manejo de los bosques y el ecosistema en sociedades antiguas así como el empleo de sistemas agrícolas de bajo impacto medioambiental por estos pueblos, han sido muy útiles para enfrentar tareas del presente. Igual importancia han tenido las investigaciones sobre el uso de viejas fuentes nutritivas, sustancias medicinales y formas de curación, entre otras muchas antiquísimas soluciones humanas que hoy vuelven a ser útiles gracias a la arqueología.

La identidad cultural ha sido otro campo al que la arqueología se ha acercado con una intensidad notable. Entre algunos científicos africanos y especialmente en un grupo de investigadores latinoamericanos que se definen representantes de la llamada Arqueología Social Latinoamericana, el problema de la defensa y recuperación de la identidad ha sido manejado como un elemento clave de su trabajo.

La Arqueología Social Latinoamericana resulta, según Marcio Veloz (1988:111), una metodología que completa el conocimiento de aquellos procesos de identidad histórica y nacional que han conformado las poblaciones actuales, por razones de identidad e historia y porque las sociedades preclásicas americanas son muchas veces la raíz fundamental de estos pueblos.

Los investigadores deben considerar como labor esencial de la arqueología la recuperación de una historia, que revalore su pasado definiendo la magnitud de su importancia en procesos históricos de los que se les excluye, obligándoseles a vivir, ya a nivel de nación, una historia creada por los colonizadores. Para ellos la información a aportar debe servir para ver la historia de sus pueblos como un proceso continuo e integral cuyo estudio permita conocer el presente y proyectar el futuro.

## Conclusiones

- La vieja concepción de una arqueología solo dedicada a establecer las coordenadas culturales de los restos materiales ha comenzado a ser desplazada, entre los sectores más avanzados de la disciplina, por la intención de recuperar la historia de las sociedades que generaron estas evidencias. El esfuerzo se centra en establecer sistemas inferenciales más precisos, capaces de brindar mayor seguridad y acortar el espacio que media entre la evidencia arqueológica y realidad histórica concreta que esta representa.
- Las consideraciones de la Arqueología como una disciplina alejada de las ciencias sociales en cuanto a su metodología y objeto estudio, es una de las principales limitaciones para el desarrollo de una disciplina comprometida con la historia e identidad de los pueblos.
- Los reajustes teóricos de la arqueología como ciencia deben ir parejos a compromisos sociales que se incrementan en la misma medida que la disciplina amplía su radio de acción. El deber de lograr un conocimiento más completo y proteger el patrimonio cultural humano se ponen de manifiesto hoy, con especial énfasis, ante los retos de un mundo que se transforma vertiginosamente y desgasta todos sus recursos.
- Las enormes desigualdades en el acceso al bienestar humano imponen a la arqueología, el deber de apoyar el proyecto emancipatorio tercermundista como vías del restablecimiento de su identidad y de recuperación cultural que contribuyan a señalar una opción de desarrollo propia e históricamente comprometida.
- La inclusión de la Arqueología dentro de los planes de enseñanza de los estudios superiores, sobre todo en las especialidades históricas, así como una especialización académica pueden ser una de las vías para resolver las carencias que ha padecido la Arqueología en Cuba y otros países del Caribe. En muchas ocasiones a pesar de tener clara la intención y el objeto final de la investigación no se ha logrado vertebrar una correspondencia entre este objetivo final y la aplicación de todos los pasos o etapas del proceso investigativo, lo que se encuentra a tono con carencias académicas y de formación entre los especialistas.

## Bibliografía

Bartra, Roger (1975): *Marxismo y Sociedades Antiguas*, Editorial Grijalbo S.A., México DF.

Bate, Luis Felipe (1981): "Relación General entre Teoría y Método en Arqueología" en Boletín de Antropología Americana #4, julio, Sociedad Panamericana de Geografía e Historia, México, DF.

Colectivo de autores (1991): *Lecciones de Filosofía Marxista-Leninista*, T 2. ENPES, La Habana, 398 pp.

Dacal M, R. y M. R. de la Calle (1984): *Arqueología Aborigen de Cuba*. Editorial Gente Nueva, La Habana, 174 pp.

Fonseca Zamora, O. M. (1988): "Reflexiones sobre la arqueología como ciencia social" en *Hacia una Arqueología Social*. Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, p. 13-22.

\_\_\_\_\_ (1989): "La arqueología como historia". en *Historia. Teoría métodos*. Editorial Universitaria Centroamericana, San José, p. 65-86.

Guarch Delmonte, J. M. (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y Sistemas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 103 pp.

Hole, F. y Robert F. Meizer (1983): *Introducción a la arqueología prehistórica*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 319 pp.

Lorenzo, J. L. (1986): "La Arqueología al Sur del Río Grande" en GENS, Volumen 2, No. 3 y 4, Septiembre-Diciembre, p 5-28.

Lumbreras, L. G. (1984): *La arqueología como ciencia social*. Casa de las Américas, La Habana, 293 pp.

Pupo Pupo, Rigoberto (1990): *La actividad como categoría filosófica*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 263 pp.

Sanoja, Mario (1987): *Relaciones entre la sociedad y el ambiente. Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Washington D.C., 115 pp.

Vargas Arenas, I. (1990): *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Editorial Abre Brecha C.A. Caracas, 331 pp.

Vargas, I. (1988): *Revisión crítica de la arqueología del Caribe. Actas del Segundo Simposio de la fundación de Arqueología del Caribe*. Washington D.C., 219 pp,

Veloz Maggiolo, M (1985): *La arqueología de la vida cotidiana*, Ediciones Taller, Santo Domingo, República Dominicana.

Veloz Maggiolo, M. (1992): "Notas sobre la Zamia en la prehistoria del Caribe". en: *Revista de Arqueología Americana* (separata), No. 6, julio-diciembre, p. 126-138.

Veloz Maggiolo, M. (1999): "Arqueología, Historia e Identidad" en *El Caribe Arqueológico 3*

Casa del Caribe, Santiago de Cuba, p. 20-27

Tabío, E. y E. Rey (1966): *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 280 pp.

Trincado F., M. N. (1996): "El aborigen y la formación de la nacionalidad cubana" en: *El Caribe Arqueológico*, No. I, Casa del Caribe, Santiago de Cuba p 100-103.

UNESCO (1985): "La Nueva Arqueología". En: El Correo, año XXXVIII, julio.